

el impacto que tuvieron las prácticas y las políticas puestas en marcha por sociedades que, a fines del siglo XVIII, experimentaron el tránsito del Antiguo Régimen al mundo moderno. Además, se mantiene a lo largo de todo el texto el diálogo entre tradiciones historiográficas diversas que confluyen en la temática fiscal, punto de entrecruzamiento entre la sociedad y la política.

El libro que nos ofrece Carlos Marichal será sin duda lectura obligada para los especialistas del tema o del periodo en diversas latitudes, pero deberá ser también leído y discutido entre aquellos interesados en la historia de los quiebres y de las crisis, con la garantía de que el autor logró, con pasión e inteligencia, escudriñar sobre todos los elementos a la mano, con el fin de enseñar al interior de una totalidad histórica cuáles fueron las verdaderas articulaciones.

LEONOR LUDLOW

RUBIAL GARCÍA, Antonio, *La santidad controvertida. Hagiografía y conciencia criolla alrededor de los venerables no canonizados de Nueva España*, México, UNAM, Facultad de Filosofía y Letras-Fondo de Cultura Económica, 1999.

La mirada del historiador se vuelve hacia el pasado para encontrar más respuestas a las preguntas que tiene que hacerle a ese pasado desde su presente y en función de la realidad que vive. Resultado de esa curiosidad es que son cada vez más los asuntos, más los temas, más las revisiones que requieren de renovadas explicaciones.

Muchas veces estas preguntas no encuentran las respuestas en los "informantes" que hasta ese momento habían sido quienes habían dado respuestas a las interrogantes que el historiador se había planteado en otras ocasiones. Será entonces cuando buscará nuevos materiales de investigación, nuevos "informantes" que satisfagan esta necesidad. Entonces, recurriendo a su imaginación, visitará nuevos lugares e "inventará" otros interlocutores que puedan proveerlo de los materiales que contengan las respuestas que busca.

Éste es el caso de Antonio Rubial quien en *La santidad controvertida* ha elegido un nuevo interlocutor, las hagiografías, que es nuevo no porque le haya sido totalmente desconocido, ya que en anteriores trabajos se había relacionado con él y había ya comprobado que

eran magníficas las respuestas que le daba, es nuevo porque replanteó sus relaciones con él y, con todo conocimiento de causa, lo eligió para que fuera su principal informante, seguro de cuáles eran las posibilidades que le ofrecía, cuáles eran sus virtudes y cuáles sus limitaciones. Es nuevo pero no es único ya que además aporta mucha documentación oficial, como es el caso de las investigaciones y las cuentas de los gastos hechos para los procesos instruidos en Roma.

Este interlocutor principal, en quien Antonio encontró respuestas a sus inquietudes sobre el sentido que tenía para la sociedad novohispana buscar la elevación a los altares de algún personaje famoso por sus virtudes, fueron las fuentes que lo guiaron en la penetración de los vericuetos donde se conformaba la razón que hacía a los criollos novohispanos sentir que era un fuerte sostén de su orgullo la existencia de santos florecidos en su tierra, pero, al mismo tiempo, a compartir la convicción de que no estaría totalmente satisfecho ese orgullo mientras no se lograra que esa santidad fuera oficialmente reconocida por una canonización.

Este fue un tipo de texto que proliferó en Europa durante la Edad Media y que en la Nueva España del siglo XVII fue cultivado por muchos de los cronistas y escritores religiosos. Las hagiografías son biografías ejemplarizantes, milagreras y conmovedoras escritas para exhibir buenos ejemplos y exaltar las acciones de alguien a quien se consideraba santo. Su estilo está dirigido a despertar la peculiar emotividad de la época y por esta razón fueron muy populares en su tiempo, pero años después, con la secularización de la vida social, con los cambios en los modelos de conducta y la nueva visión que la sociedad fue adquiriendo de sí misma, dejaron de ser tan populares y, aunque no fueron totalmente olvidadas, adquirieron formas más racionales y menos retóricas y se redujeron al espacio de los colegios y de los hogares donde se leían a los jóvenes como ejemplos de conducta.

Por otra parte dejaron de ser usados como fuentes de información histórica porque fueron despreciados por los investigadores que buscaban la narración realista y objetiva de un hecho. O mejor dicho, fueron leídos con desagrado con historiadores que buscaban datos biográficos como lugares y fechas de nacimiento y actividades desarrolladas durante la vida de un determinado personaje. Para algunos de nuestros grandes eruditos esas hagiografías de religiosos mostraban todas las debilidades de los autores y todos los defectos de una época. Eran obras de personajes crédulos, fanáticos, fantasiosos, fal-

tos de crítica y de criterio. Porque éstos fueron, y son, algunos de los adjetivos que se han aplicado a las obras hagiográficas y en tanto que en la mayoría de las crónicas provinciales de órdenes religiosas sus autores dedicaban grandes partes de sus escritos a este tipo de textos, se llegó a sugerir que en las ediciones modernas de estas crónicas se quitara toda la erudición filosófica y bíblica que contenían y también lo fabuloso presentado principalmente en las hagiografías, biografías de padres que aparecían a veces en apartados llamados menologios que recogían cientos de ellas, pero de las que bastaba leer cinco o seis clases. En realidad eran prototipos de conductas que se aplicaban a diferentes hombres. Así variaban las personas, los lugares y los tiempos, pero las acciones se repetían incansablemente. Con un ejemplo de cada una de esas clases de conducta que se leyera se podría considerar que ya se habían leído todas. Sin embargo, como ya se indicó, no eran totalmente prescindibles porque en ellas se podían encontrar datos sobre fechas de nacimiento y muerte, cargos desempeñados dentro de la orden, referencias a escritos y lugares donde habitaron frailes que, por cualidades que no fueron la santidad o por actividades ligadas a acciones dentro de la vida secular eran estudiados por los historiadores.

A pesar de expresiones como éstas, las ediciones de nuestros eruditos fueron totalmente respetuosas de los textos que dieron a las prensas, dejando sus dichos en este sentido sólo como testimonio del disgusto que les producían. Si esto es en lo referente a las crónicas y a las partes de éstas que son hagiografías, por lo que corresponde a las obras que están dedicadas exclusivamente a “hagiografiar” a algún “santo varón” o “santa mujer” quedaron condenadas a ser consignadas en las bibliografías por el valor que tenían como impreso de un siglo determinado, en nuestro caso los siglos XVI, XVII y XVIII, de una producción bibliográfica digna de estudio o de ser guardada como exponente de una forma de expresión de una cultura, de una sociedad o de un individuo. Y también por ser producto de las imprentas novohispanas.

No quisiera que este comentario se interpretara como una crítica a estos eruditos, nada más alejado de mi intención al exponer este hecho que era la forma de pensar de los hombres de letras que profundamente preocupados por proporcionar fuentes para el estudio de nuestra Historia estudiaron crónicas, folletos y manuscritos, los localizaron, muchas veces los adquirieron de su propio peculio y

los dieron a la luz en un tiempo en que publicar un libro era una verdadera odisea.

Si yo hiciera una crítica negativa de este tipo estaría cometiendo una terrible injusticia histórica y, más aún, un error de juicio historiográfico que en el presente sería imperdonable, porque cada época tiene sus propios intereses, su propia visión de la historia y de la historiografía, y cada historiador, de acuerdo con su tiempo y con los intereses de éste y propios, dirige sus preguntas al pasado y busca, como dije al principio de este comentario, dónde encontrar las respuestas y qué o quiénes pueden dárselas.

Prueba de lo que he afirmado anteriormente es que en la actualidad historiadores y literatos han vuelto su mirada a este tipo de escritos que muestran a una sociedad a la que se puede comprender mejor, en tanto colectividad humana, si se analizan sus expresiones como lo que son, muestras de sus inquietudes y de sus valores, si se les interroga con perspicacia. Si se les utiliza comprensivamente, si se procura lograr una identificación con sus autores y con sus lectores se podrá encontrar y mostrar una rica e importante faceta del pasado.

Palpable demostración de lo que estos escritos, supuestamente tan alejados de nosotros, pueden aportar al conocimiento de nuestro pasado, de su religiosidad, de sus vericuetos políticos, de sus creencias populares, regionalismos, convenciones sociales, interacciones entre grupos, relaciones de poder, actitudes de las autoridades, etcétera, es precisamente el libro que es objeto de esta reseña.

*La Santidad controvertida...*, de Antonio Rubial, estudia a la sociedad novohispana del siglo XVII y nos la muestra como una sociedad donde una importante parte de su población, los criollos, trataba de mostrar que era, no solamente el integrante más representativo de ella, sino el que, por su nacimiento, pertenecía a la tierra tanto como ella le pertenecía a él. Por esta pertenencia se sentía obligado a exhibir las bondades de su "patria" y a borrar las desigualdades que algunos europeos marcaban con relación a lo europeo. Parte de su lucha por igualar a lo propio con lo europeo fue el interés en mostrarla como un lugar fértil a la semilla de la santidad y enseñar a todas las naciones que la tierra de donde los criollos eran originarios había dejado de ser una tierra dominada por el demonio de la idolatría y de los sacrificios humanos y se había convertido en un paraíso de virtudes.

En la Nueva España el espíritu religioso florecía y Dios le mostraba su predilección permitiendo que las virtudes abundaran en su

gente y que también abundara la gente llena de virtudes. Todo esto se demostraba por tantos personajes virtuosos cuya fama había sido conservada por la devoción de sus devotos y cuya gloria debía de culminar cuando obtuviera el reconocimiento oficial de su santidad por el acto de su canonización.

De cómo los criollos novohispanos se sintieron obligados a demostrar la bondad de su tierra de origen impulsando la fama de su gente virtuosa y de cómo trataron de crear una propia leyenda dorada, trata este trabajo.

Son cinco los personajes escogidos, cinco los modelos que se aplicaron a éstos: Gregorio López, el ermitaño, Bartolomé Gutiérrez, el mártir en Japón, María de Jesús Tomellín, la monja, Juan de Palafox, el obispo, y fray Antonio Margil de Jesús, el misionero.

Por nuestros ojos pasan los informes sobre su santidad, las hagiografías que se van enriqueciendo con prodigios y milagros, las políticas mundiales, nacionales y regionales, civiles y religiosas que influyen en la buena o mala, en los casos aquí estudiados fue en la mala, fortuna del proceso de canonización.

Al final los nacionalismos, los cambios políticos, los cambios en las ideas, las nuevas filosofías políticas, llevaron a buscar la afirmación de una nacionalidad en otros espacios que hicieron que la necesidad de un santo se viera sustituida por la necesidad de héroes, aunque esos héroes debieran ser casi santos.

Con este trabajo Antonio Rubial refrenda su vocación de historiador porque, como en los demás que le conocemos, valiéndose de una rigurosa investigación y de un certero análisis, llega a presentar una explicación del pasado que abre un nuevo espacio a la comprensión de éste y, en consecuencia, añade importantes elementos al entendimiento de la religiosidad popular en nuestro presente.

ROSA CAMELO